

las figuras demoníacas como proyección personal

El demonio o espíritu del mal, la personificación del aspecto oscuro de la existencia, la encarnación de la «thanatosfera», es una realidad palpitante en la historia de las religiones.

Ultimamente, varias novelas, llevadas posteriormente a la pantalla, han puesto de relieve que la imagen diabólica, un tanto orillada por la civilización, sigue teniendo vigencia en el substrato de grandes masas y puede conmoverlas hasta el límite de la historia colectiva. Podríamos citar «El Exorcista» de William Peter Blatty (Ed. Plaza-Janés, Barcelona 1972), «El Otro» de Thomas Tryon (Ed. Grijalbo, Barcelona 1973) y «La semilla del diablo» de Ira Levin (Ed. Bruguera, Barcelona 1972).

Abordando el tema desde un ángulo psicológico —y eludiendo, por tanto, el aspecto teológico sobre la real existencia o no existencia del demonio como persona—, vamos a estudiar las motivaciones que provocan la aparición de esta figura siniestra a lo largo de la historia del hombre.

Dioses de dos caras

Es llamativo encontrar en la historia de las religiones *un número considerable de diosas con dos facetas: una amorosa y benevolente y otra feroz y sangui-naria*. Constituye como el anverso y reverso de una misma divinidad que incluye en sí misma dos principios antagónicos. A la Gran Diosa de los hititas, cuyo culto fue especialmente floreciente en el Yasili-Kaya (Asia menor), se la representa con larga túnica abierta, sobre una pantera. En ocasiones aparece desnuda o desvestiéndose, y su imagen viene a ser como un talismán para asegurar la fertilidad. Pero este aspecto creativo y exuberante queda a veces sofocado por otro guerrero y cruel. También se la representa armada y es la diosa de la guerra. Igualmente, la diosa Toci de los aztecas es diosa de la fecundidad y de la guerra. Diosas de la guerra y del amor simultáneamente son también Astargé y la babilónica Ishtar. En los cultos de Ugarit, Anat es la

amante apasionada de su hermano Baal (en ocasiones traerá a su hermano un rebaño de vacas que él debe fecundar), pero por otro lado interviene en matanzas sangrientas de los enemigos de Baal⁽¹⁾. Su furor belicoso y su aspecto feroz hicieron que esta diosa semítica gozara de favor especial entre los faraones de la XIX Dinastía.

Pero tal vez no aparezca esta dualidad tan clara en ninguna divinidad como en la diosa Shakti, esposa de Shiva.

«Como creadora y dadora de vida, la divina Madre es bondadosa y bienhechora. Extiende risueña las manos a todas las criaturas invitándolas a acudir a ella como verdadera madre amorosa. Pero, al igual que su esposo Shiva, la diosa Shakti es al mismo tiempo destructora. Cuando reparte sufrimiento y muerte, puede llegar a ser tan cruel como mansa y pacífica en otras ocasiones. En su advocación de Kali, la diosa de las epidemias, inundaciones y tormentas, Shakti es aún más terrible. Las imágenes que de ella figuran en los templos la representan con la boca rezumando sangre».⁽²⁾

Para aplacar la sed de sangre de esta temible diosa se ha llegado a lamentables excesos. Desde el siglo XII al XIX bandas de «thugi» recorrían el país cometiendo crímenes con objeto de aplacar por mil años la sed de sangre de la diosa⁽³⁾. El arma asesina de que se valían los «thugi» era un pañuelo con el que estrangulaban a sus víctimas. Recientemente, incluso, el 15 de julio de 1971, en el estado de Rajatán (India), dos niños fueron sacrificados para aplacar a la diosa Kali. Los autores fueron un «gurú» o santón hinduista y un matrimonio fanático. Los tres fueron encarcelados por la policía.

En esta oración, citada por S. Cave⁽⁴⁾, podemos apreciar la imagen que Kali representa a los ojos de sus propios devotos:

«En ningún sitio se ha visto belleza como la tuya cuando, con los cabellos esparcidos en la espalda, danzas, guerrera desnuda, sobre el corazón de Shiva. Cabezas de tus hijos, recientemente muertos, cuelgan de

(1) RENÉ LABAT, *Religions du Proche Orient*, Fayard, París 1970, 371

(2) EDWARD K. THOMSON, *Las grandes religiones*, Miracle, Barcelona 1968, 24.

(3) «Por medio de un sacrificio humano, celebrado con el ritual conveniente, la diosa queda satisfecha para mil años. Por medio del sacrificio de tres hombres, se la complace para cien mil años». (Kalika - Purana, escrito indico del siglo X p. Ch.).

(4) S. CAVE, *Hinduism or Christianity?*, 1939, 152.

tu cuello como un collar . . . Tu silueta es bella como nubes lluviosas y tus pies están bañados en sangre».

Junto a estas divinidades de doble rostro, deidades del amor y de la guerra, diosas de la fecundidad y de la sangre, tenemos otro fenómeno: la «orgé theoi», la «ira deorum» que aparece en muchas religiones. Esta cólera encierra un carácter extraño y desconcertante. No tiene que ver con sus propiedades morales, sino que se desencadena y descarga de modo incalculable y arbitrario, como una fuerza oscura de la naturaleza. Rudolf Otto sostiene *que esta ira no es sino lo «tremendum» interpretado mediante una analogía ingenua con un sentimiento humano*

Con respecto a esta dualidad divina, Durkheim⁽⁵⁾ afirma que «toda la vida religiosa gravita en torno a dos polos contrarios, entre los cuales hay la misma oposición que entre lo puro y lo impuro, lo santo y lo sacrílego, lo divino y lo diabólico».

Así se explica, por esta fusión entre lo terrible y lo santo, que, en el libro XI de Bhagavad-Gita, Vishnú, la bondad misma para sus creyentes, quiere presentarse a Arjuna en todo el esplendor de su belleza. Para ello escoge como medio más adecuado la expresión de lo terrible, lo espantable y monstruoso, aunque penetrado de grandiosidad.

Arnold Toynbee⁽⁶⁾, en su «Estudio de la Historia», se cuestiona la contradicción entre el culto fálico y el yoga (civilización hindú), la prostitución en el templo y la filosofía astral (sociedad babilónica), los sacrificios humanos y las automortificaciones penitenciales (religión maya), los aspectos orgiásticos y ascéticos del culto hitita de Cibeles y Atis. La conclusión a la que él llega es que no son sino manifestaciones del «abandono y autocontrol» que caracterizan a las sociedades en desintegración.

Aparte de esta contradicción socio-religiosa de la que habla Toymbee, la contradicción dentro de la misma divinidad nos revela varios aspectos que podemos deducir como conclusiones:

(5) DURKHEIM, *Der seelische Aufbau des religiösen Erlebnis*, 1930, 312.

(6) A. TOYNBEE, *Estudio de la historia*, (compendio), Emené Buenos Aires 1952, 445.

1. Superficialmente, puede aparecer la polaridad de dos personalidades divinas salidas de un solo principio y destinadas, en algunas versiones, a reconciliarse en un tiempo escatológico.

2. Una «coincidentia oppositorum» en la estructura profunda de la divinidad, que está por encima de los racionalismos y que reúne en sí a los contrarios.

3. El aspecto «tremendum» de lo divino, inabarcable e imprevisible, favorecedor del temor (R. Otto).

4. *Un reflejo arquetípico de los contrarios existentes en la naturaleza humana.* El hombre puede buscar esta «coincidentia oppositorum» de mil maneras: orgía, ascesis, contemplación, explicación mítica . . . Como veremos enseguida, el aspecto demoníaco de lo religioso puede no ser sino la proyección de la propia agresividad, con lo cual ésta queda integrada en lo sacro y justificado de algún modo.

El miedo a las potencias amenazantes

El hombre que se enfrenta a la existencia, experimenta, ante el sufrimiento actual y posible, una especie de pavor de cara a las potencias de la vida, con frecuencia ruinosas y siempre incalculables. Estas potencias, repartidas en multitud de situaciones, están en manos de lo arbitrario. En la elaboración de los demonios, más que el miedo ante algo concreto, *lo que proyecta al exterior es «la angustia indeterminada ante lo horrible, lo inabarcable»*⁽⁷⁾

Todo lo amenazante, lo que de algún modo desborda el conocimiento actual, puede tener una etiología diabólica. Entre los guaraníes⁽⁸⁾, los «demonios murciélagos», igual que la obscuridad, existían antes de Ñanderuvusú (Creador). Son los enemigos de los astros luminosos y producen los eclipses de sol y luna. En Babilonia⁽⁹⁾ los demonios eran considerados como seres sin personalidad definida, potencias del mal que atacaban determinadas partes del cuerpo (nuca, pecho, vientre...) o que se manifestaban como tempestad, leopardo, animales destructores. Entre los sumerios, por otra parte, la diosa

(7) VAN DER LEEUW, *La religion dans son essence et ses manifestations*, Payot, Paris 1955, 130.

(8) CURT NIMUENDAJÚ, *Leyenda de la creación y juicio final entre los Apapokuva-Guaraní*, Sao Paulo 1944, 24.

(9) MAURICE BRILLANT, *Histoire des Religions*, Bloud-Gay, Paris, IV, 139.

Eresh-Ki-Gal y su esposo Ne-Um-Gal eran la personificación de la peste y la guerra: se simbolizaban con el sol de mediodía que mata.

El hombre se conmueve ante lo desconocido, inabarcable, amenazador. Rudolf Otto, en su «Psicología religiosa»⁽¹⁰⁾, dice que el primer grado de lo religioso es el pavor demoníaco, el pánico ante lo siniestro e inquietante. De la explosión de este sentimiento en el hombre primitivo ha salido toda la evolución religiosa. «En él echan raíces lo mismo los demonios que los dioses y todas las demás creaciones de la apercepción mitológica y de la fantasía que materializa y da cuerpo a estos entes».

Es posible que antes que lo divino el hombre haya experimentado lo demoníaco en su contacto balbuciente con las fuerzas ocultas y amenazantes de la existencia. De hecho, la imagen inicial de Dios en las religiones históricas es una imagen castigadora e incluso cruel. Probablemente el documento histórico más antiguo que se conoce, la «Enseñanza para Kagemmi», de unos 2.700 años antes de Cristo, nos presenta esta imagen de un dios temible:

«No te enorgullezcas de tu poder en la aflicción de tus contemporáneos. Cuidate de ser inexorable: no se sabe los acontecimientos que Dios provoca cuando castiga».⁽¹¹⁾

En ocasiones, los demonios se conciben como excrecencias o emanaciones malvadas del dios —es el caso de Babilonia⁽¹²⁾ donde los «utukku» son «la bilis vomitada por un dios»— y, en ocasiones, es la misma divinidad quien personifica los aspectos amenazantes de la existencia.

En Roma, por ejemplo, no todos los dioses tenían actitud acogedora. Muchos ofrecían un carácter incierto e inquietante, como la fuerza de la naturaleza que representaban. Vulcano (favorece los incendios y protege de ellos al ganado), Voltumnus (desencadena las inundaciones del Tiber y puede proteger al hombre contra ellas), Fauno (destructor de ganado), Marte («dios salvaje» portador de la guerra): representan un mundo de fuerzas malas pero que, gracias a la magia, pueden ser asociadas al hombre.

La representación concreta de la figura demoníaca puede proceder de distintas fuentes:

1. Experiencias vividas. La soledad desértica, el escalofrío inquieto ante un paisaje abandonado y solo, la aridez de los montes lejos del valle habitado,

(10) R. OTTO, *Psicología religiosa*, Revista de Occidente, Madrid 1965, 27.

(11) «Papiro Prisse», II, 1, *Tercera Dinastía*, Biblioteca Nacional de París.

(12) MAURICE BRILLANT, *Histoire des Religions*, Bloud-Gay, París, IV, 139.

tales son las experiencias naturales que pueden contribuir a elaborar esta representación⁽¹³⁾. En Babilonia, los demonios habitaban en las sombras, las soledades, las ruinas, los vientos y la noche. Se manifestaban en formas monstruosas⁽¹⁴⁾ y eran los responsables de los eclipses y las tormentas.

2. Sueños: La imaginación onírica que da rienda suelta al subconsciente, con todos sus miedos, angustias, presentimientos y agresividades, es otra fuente de formas monstruosas, amenazantes y extrañas. Una tableta encontrada en Asur y escrita hacia el siglo VII antes de Cristo⁽¹⁵⁾, abunda en descripciones oníricas de los infiernos:

«Shedon tenía la cabeza y los pies de hombre, sobre la cabeza una tiara y sus piernas eran como de pájaro... Suppot tenía cabeza de pájaro, las alas desplegadas, volaba en todos sentidos... Me cogió de los cabellos y me hizo acercar. Mis rodillas se pusieron a temblar...»

3. Raíz sexual: Puede darse también en su representación. Tal es el caso de los «Incubos» y «Súcubos» que suponen la unión con un ser demoníaco. En el fondo, late una ambivalencia deseo-miedo ante la agresión sexual. Algo similar ocurre con la representación de los sátiros.

4. Enfermedad, locura, éxtasis. Todo lo que suponga pérdida del control sobre sí mismo, alienación, se vivencia con una especial angustia y el hombre tiende a personificar este mal que posee, mal que fácilmente cristaliza en figura demoníaca. Aquí habría que insertar la raíz psicológica de la posesión diabólica.

Además de los factores psicológicos que pueden intervenir en esta creencia⁽¹⁶⁾ y que no hay que menospreciar, existen dos factores llamativos que hacen dudar de su realidad: en primer lugar, para que un sujeto quede poseído por el demonio es condición indispensable que crea en la existencia

(13) VAN DER LEEUW, *La religion dans son essence et ses manifestations*, Payot, París 1955, 132.

(14) RENÉ LABAT, *Religions du Proche Orient*, Arthème-Fayard, París 1970, 137.

(15) RENÉ LABAT, *Religions du Proche Orient*, Arthème-Fayard, París 1970, 95.

(16) En los psicópatas inseguros, la imagen demoníaca puede exteriorizarse en manifestaciones obsesivas de pensamiento o en representaciones mentales. El psicópata necesitado de estimación puede valerse de la posesión para atraer la atención con excentricidades y pseudologismos. Las vivencias delirantes del estado crepuscular epiléptico pueden ser interpretadas por el propio enfermo o por los asistentes como posesión diabólica. En la esquizofrenia, es tal vez donde más posibilidad existe de interpretar como posesión diabólica simples síntomas de enfermedad: fonemas, voces, robo del pensamiento, introducción de pensamientos ajenos, ser dirigido por otro, vivencia de otro cuerpo dentro del propio, doble personalidad (una de ellas puede desempeñar el rol de demonio). También en los procesos compulsivos, los actos incontrolables pueden ser interpretados, espontáneamente o por sugestión, como posesión diabólica.

y la acción enemiga de los diablos. Esta creencia no se produce, en la mayoría de los casos, espontáneamente, sino como efecto del ambiente, pueblo, clima, religión, ideas dominantes. En ella se expresa el *miedo primitivo (arquetípico) a las fuerzas perturbadoras del yo*⁽¹⁷⁾. Por otro lado, hay que tener en cuenta que las posesiones diabólicas se dieron durante mucho tiempo en forma de epidemia, donde actuaría sin duda el contagio emocional en forma de miedo, y que dicha posesión desaparece de un pueblo sistemáticamente en cuanto la civilización hace su entrada. Bovet y Desterreich⁽¹⁸⁾ tienen sugestivos estudios sobre este tema, donde demuestran también que el efecto del exorcismo se puede explicar psicológicamente.

Los demonios o el espejo de propia agresividad

Hasta ahora hemos visto la elaboración psicológica del demonio, a partir de las fuerzas amenazantes del exterior, y los elementos en que se basa su representación concreta. Tratemos ahora de enfocar el análisis desde otro punto de vista: como simple *proyección al exterior de la propia agresividad y de las fuerzas temibles del inconsciente*.

«Se sabe —dice Gerphagnon⁽¹⁹⁾— la tendencia de cada hombre a hacerse «su dios», a crearse un dios a su imagen y semejanza. Me inclino a pensar que un fenómeno análogo se produce en lo tocante a Satanás: se hace «su diablo», a la imagen de sus fracasos, reflejo de las lacras inconscientes de una evolución psicológica alterada».

Paul Valery, en su «Fausto», dice que la actuación primordial del diablo es «mostrar a los hombres en un espejo sus deseos más ocultos». En último término, *lo que nos aterroriza del demonio no es su entidad autónoma e independiente sino lo que refleja: lo diabólico y destructivo que hay en nosotros, los instintos de agresión y de muerte que pueden desbordarse en un momento dado*.

Iván Karamazov jamás consigue poner en claro si el diablo existe fuera de él o si es él mismo. De estar seguro que es «otro» se tranquilizaría, atribuyendo en parte sus crímenes a la influencia de «otro». Pero no consigue distinguir claramente, lo cual quiere decir que tal vez «el demonio es él, el hombre Iván». Esto lo enloquece. Dostoyewski acaba demostrando que «el demonio es la imagen de lo que podemos ser nosotros», de lo que somos a veces.

(17) TH. BOVET, *Der Glaube, Erstarrung und Erlösung*, Tübinga 1950, 166.

(18) T. K. OSTERREICH, *Die Besessenheit*, Langensalza 1921, 96.

(19) L. GERPHAGNON, *Le mal et la souffrance*, Ed. Ouvrieres 1966, 51.

En el Antiguo Testamento aparecen numerosas formas de encarnación del espíritu satánico: la serpiente del paraíso, Azazel (Levítico 16), Liliz (Isaías 34), Leviatán y Behemoz (Job), Espíritu Malo anónimo y melancólico que invadió a Saúl, los que inspiraban a la bruja de Endor, los que inspiraban a los falsos profetas de Baal... «Omnes Dii gentium daemonia». Víctor White⁽²⁰⁾ sostiene que el énfasis profético sobre la transcendencia de Yahvé, cuyo nombre no podía ni pronunciarse, y la concentración exclusiva de su culto en Jerusalén, hicieron inevitable que el interés popular se polarizara en estos poderes que se pensaba tenían una influencia más directa en la vida cotidiana de la gente ordinaria.

Pero, dentro incluso de esta figura de Satán bíblico, existen dos corrientes de interpretación rabínicas que es interesante constatar, porque coinciden fundamentalmente con lo que llevamos dicho. La primera podría llamarse interpretación objetiva: Satán sería «el lado oscuro de Dios», lo oscuro y terrible para la aprehensión humana. O también, una manifestación distinta pero rebelde de Dios, que es, sin embargo, agente de las intenciones divinas sobre el hombre, un ángel caído. La interpretación subjetiva o psicológica sostendría que *Satán («Yetzer-ha-ra») es la inclinación mala o imaginación diabólica inherente al hombre*, el lado tenebroso y temible de la naturaleza humana, lo malo subyacente y presto a rebelarse. Por primera vez se habla de ello en Génesis, y Pablo (Romanos 7) llega casi hasta personificar lo que él llama «el pecado que habita en mí».

Como conclusión, digamos que lo impuro, como lo diabólico, está cargado de un «poder» peligroso y, por esto, hay que excluirlo del ámbito humano. Por otra parte, los términos «sacer» (maldito-santo) y «hagios» (puro-manchado) unen en su ambigüedad todo lo que, ajeno a la esfera de lo propiamente humano, ejerce sobre el hombre un poder fascinante y peligroso. Los psicoanalistas han tratado de averiguar por qué el hombre estima peligroso lo impuro. Y en sus investigaciones han sacado a luz una extraña atracción ejercida sobre el psiquismo profundo por todo lo inhumano: sangre, cadaver, dolor, muerte. Vendría a ser una manifestación de ese «instinto de muerte», analizado por Freud.

El demonio como elaboración psicológica no sería, por tanto, sino la *cris-talización objetiva de nuestra propia agresividad, de nuestro magma instintivo primario*, bloqueado por la conciencia pero siempre amenazante. Y el terror ante él, supondría, por consiguiente, un ulterior movimiento de defensa contra una atracción que amenaza destruir nuestro orden humano desde dentro.

Alfonso López Caballero

(20) V. WHITE, *Dios y el inconsciente*, Gredos, Madrid 1955, 258.